

## EN EL PRECIPICIO DEL POSMODERNISMO: CAÍDA EN PICADO EN BLACK MIRROR

---

Mayte Donstrup

### 1. Black Mirror: brillos oscuros en la plataforma digital Netflix

El sueño tecnológico se puede tornar en pesadilla. En esta premisa se basa la serie de Charlie Brooker, *Black Mirror* (Channel 4, 2011-), que se adentra, a través de una sucesión de episodios cerrados, en los delirios tecnológicos que vaticina el autor para la humanidad. Una distopía compuesta de cuatro temporadas, y con una renovación para la emisión de la quinta temporada (Cordero, 2018), que narra una hilación de perversas historias que, en líneas generales, reflejan el que puede ser el lado más oscuro de las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información (TIC). Unas herramientas que, más que ayudar a conectar con el prójimo, repercuten en la sociedad con un mayor aislamiento e indiferencia hacia los demás. En esta misma dinámica se desplaza el capítulo que aquí se considera, *Nosedive* (Caída en picado, 2016), episodio correspondiente a la tercera temporada y que tiene como centro del relato la existencia de las redes sociales y su influencia en la sociedad. De este modo, *Black Mirror* esboza una tóxica relación entre ambas que hará que los personajes se precipiten por el barranco a un vacío desconocido; sin embargo, más que una desgracia, este salto libre puede llegar a ser una liberación para ellos.

La protagonista de esta oscura narración es Lacie (Bryce Dallas Howard), presentada en las escenas iniciales como una chica agradable que respeta las normas establecidas y busca obtener una buena puntuación en el sistema; una organización social que se fundamenta en un ranking en el que situar a los ciudadanos: una valoración alta significará la posibilidad de acceder a mejores servicios sociales y, sobre todo, la admiración por parte de los demás. En contra, una baja calificación equivaldrá a ser repudiado y expulsado de toda actividad en comunidad (incluido los servicios sanitarios). Así, la actividad principal de esta sociedad será mantener las apariencias e intentar agradar a todo el mundo: todos te pueden evaluar y cualquier movimiento con mala fortuna te puede llevar a lo más bajo. Por lo tanto, se verá a Lacie ensayar sonrisas frente a un espejo, revisar historias de sus compañeros de trabajo en la plataforma digital para ser amable con ellos y aparentar interés por sus vidas, o simular un desayuno para subir a la red

social una actividad que le pueda conseguir puntos. En eso ella demuestra ser una experta, es un 4.2 y posee grandes habilidades para la apariencia, pero para poder alcanzar la casa de sus sueños no será suficiente. Aquí aparece el desafío: adquirir un 4.5, tarea que emprende la protagonista y que será el núcleo de estudio del presente capítulo.

Con este fin, para lograr entender el ambiente de la serie y sus consecuencias, en primer lugar, se enmarcará el contexto dentro de la denominada posmodernidad (Lipovetsky, 1998: 2006) o modernidad líquida (Bauman 2009); nociones que ayudarán a la comprensión del ambiente social retratado. En segundo término, se revisarán los conceptos posmodernos planteados en relación con la protagonista de la historia con un análisis que dará lugar a la discusión de los resultados; en definitiva, no todo brilla en *Black Mirror*.

## **1.2. Destellos hedonistas: una introducción a la sociedad posmoderna**

Bienvenidos a la era posmoderna: donde sus preocupaciones no deberán llegar más allá de su memoria a corto plazo, o algo parecido expresaría Lipovetsky si tuviera que dar un recibimiento a sus lectores en la introducción de sus obras. Es más, el autor estaría obligado a realizar un inciso en el término “preocupación”, pues: ¿qué podría quitar el sueño en los desbocados tiempos posmodernos?, un periodo que se caracteriza por la “privatización ampliada, erosión de identidades sociales, abandono ideológico y político, desestabilización acelerada de las personalidades; [...] una segunda revolución individualista” (1998: 5). En definitiva, un ciclo en el que el dios griego Narciso impera alegremente en los terrenos precedentemente fecundos para la Razón.

En dos de sus principales obras, *Los tiempos hipermodernos* y *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo moderno*, Gilles Lipovetsky (2006; 1998) aborda las características de la sociedad anteriormente mencionada, peculiaridades que serán de interés para el núcleo del análisis de *Nosedive* (Caída en picado). Básicamente, menciona el autor, el posmodernismo se puede definir como el espíritu de una época, el sentir común de una sociedad con los valores alterados que encuentra “su integridad a la luz de una lógica nueva que llamamos aquí el proceso de personalización, que no cesa de remodelar en profundidad el conjunto de los sectores de la vida social” (1998: 5). Un período continuo de individualización que deriva en una transformación sociológica global. Como resultado de este proceso, la sociedad centra su atención en una estimulación continua de necesidades que puedan hacerle olvidar su carencia de objetivos:

Así opera el proceso de personalización, nueva manera para la sociedad de organizarse y de orientarse, nuevo modo de gestionar los comportamientos [...] máximo de elecciones privadas posible, con el mínimo de austeridad y el máximo de deseo, con la menor represión y la mayor comprensión posible (1998: 7).

Entonces, es una transformación de los estilos de vida acompañada de una revolución del consumo la que ha permitido el cambio de esta época; así, la sociedad posmoderna, hedonista y personalizada, se ha erigido como legitimada “y ya no encuentra oposición; [...] la era de la revolución, del escándalo, de la esperanza futurista, inseparable del modernismo, ha concluido. La sociedad posmoderna es aquella en que reina indiferencia de masa, donde domina el sentimiento de reiteración y estancamiento” (1998: 9). De esta forma, si la sociedad moderna se caracterizaba por conquistadora y con una fe ciega en el ideal del progreso del futuro, garante de la ciencia y de la razón; el posmodernismo, con un aire pesimista respecto al porvenir, se singulariza por su interés en la realización personal inmediata (1998; 2006). Por consiguiente, “Los grandes ejes modernos, la revolución, las disciplinas, el laicismo, la vanguardia han sido abandonados a fuerza de personalización hedonista; murió el optimismo [...]; ya ninguna ideología política es capaz de entusiasmar a las masas, la sociedad posmoderna no tiene ni ídolo ni tabú” (1998: 9).

Recapitulando, Lipovetsky argumenta que hoy en día son más relevantes los deseos individualistas que los intereses de clase; un hecho que da a lugar a que las relaciones de producción sean reemplazadas por las privatizaciones y se imponga el hedonismo egoísta a las acciones de solidaridad colectiva (1998: 2006). Atendiendo a estas consideraciones un concepto sale a la luz: el narcisismo, estrella clave de este universo hedonista. Un Narciso que solo se preocupa por sí mismo, desestabilizado y desconectado de sus iguales, y eso que aparece en una sociedad que simula estar en apariencia más interconectada que nunca gracias a las nuevas herramientas tecnológicas. En concreto, prevalece “la expresión gratuita, la primacía del acto de comunicación sobre la naturaleza de lo comunicado, la indiferencia por los contenidos [...] el emisor convertido en el principal receptor” (1998: 14-15). Inmerso entonces en una lógica del vacío que se comunica por el simple placer de comunicar. En definitiva, “el narcisismo descubre aquí como en otras partes su convivencia con la desubstancialización posmoderna” (1998: 15). Ahora bien, resalta el autor, no hay que culpar a las nuevas formas de socialización tecnológica esta apatía por el otro: la indiferencia no resulta ser un defecto de la socialización sino una herramienta necesaria para el capitalismo moderno (1998; 2006).

Un sistema económico que saca a relucir la vulnerabilidad, la indiferencia y el aislamiento, pues el hombre indiferente no se aferra a nadie, no tiene

certezas, solo consume. De esta suerte, si a cada “generación le gusta reconocerse y encontrar su identidad en una gran figura mitológica o legendaria que reinterpreta en función de los problemas del momento: [...] Hoy Narciso es, a los ojos de un importante número de investigadores, en especial americanos, el símbolo de nuestro tiempo” (1998: 49). En síntesis, del capitalismo autoritario al capitalismo hedonista: el primero, personificado como competitivo económico y sentimental en lo privado, deja paso a un capitalismo puro y sin valores sociales (1998; 2006).

En efecto, el sistema pulverizado resultante magnifica la expansión del ego puro, y, “Al igual que el espacio público se vacía emocionalmente por exceso de informaciones, de reclamos y emociones; el Yo pierde sus referencias, su unidad, por exceso de atención” (1998: 56). El principio de la indiferencia y la desaparición de los grandes objetivos; nada por lo que sacrificarse en esta era; un Narciso muy programado para quererse a sí mismo y muy poco preparado para las relaciones afectivas (1998). Definitivamente, señala Lipovetsky, “La crisis de las sociedades modernas es ante todo cultural y espiritual” (1998: 65). Unas crisis que han originado comunidades dominadas por lo precario y lo efímero, puntos que incapacitan al ser humano para centrarse en su futuro, pues el período posmoderno señala “el advenimiento de una temporalidad social inédita, caracterizada por la primacía del aquí y ahora” (2006: 54). Todo esto significa que:

[L]o que caracteriza el espíritu de la época no es tanto un *carpe diem* sino la inquietud ante un porvenir lleno de incertidumbres y riesgos [...] la hipermodernidad no designa tanto la concentración en el instante como su retorno vinculado a un futuro que se ha vuelto inseguro y precario (2006: 75).

## **2. Reflejos de una distopía**

Dice Maffesoli que “cada época debe saber elaborar el atlas de su imaginario para establecer sus referencias e identificar el rey secreto que, más allá de los poderes aparentes, la rige en profundidad” (2009: 11). Entonces, ¿qué nos expresan los componentes elaborados en cada una de ellas? En este sentido, continuando con el autor, “el mundo social es, ante todo, el resultado de nuestras representaciones, nuestros imaginarios y de nuestras imaginaciones” (2009: 15), teniendo estas, por tanto, un gran papel social para poder interpretar el espíritu del momento. Así, “Los imaginarios permiten hilar conocimientos, creencias e ideas, tejiendo una red de significados que modulan nuestra comprensión de la realidad” (Barraycoa, 2012: 6); un saber que permitiría comprender la esencia posmoderna anteriormente descrita, posmodernidad que encuentra en las distopías su reflejo más preciso; espejismo de incertidumbre, temor y amarga profecía. Sin embargo, hay

que resaltar que este género, lejos de pertenecer exclusivamente a este período temporal, ha estado presente con nosotros desde largo tiempo atrás. A saber, novelas como *Un mundo feliz* (Aldous Huxley, 1932) o *1984* (George Orwell, 1949) son clásicas distopías que reflejaban los temores de sus autores, que auguraban el autoritario devenir de la sociedad a través de sus narraciones. Unas sociedades que, rescatando el concepto de Foucault (1994), se singularizaban por su estructura panóptica con un Estado vigilante que observaba cada movimiento que se producía entre sus fronteras.

*Black Mirror* se diferencia de esta tendencia, el temor no proviene ya de un Estado vigilante. El panóptico ha sido sustituido por una pulverización de la guardia, los vigilantes están por todas partes, “para sustituir a la antigua sociedad disciplinaria-totalitaria, ya está en marcha la sociedad de la hiper-vigilancia” (Lipovetsky, 2006: 58), y este es el augurio que refleja la serie.

En resumen, las distopías son hijas de su tiempo, conformando unos imaginarios altamente identificables con la realidad del momento y enfatizando ciertos aspectos que las hacen, en sus últimas consecuencias, muy probables en un futuro no muy lejano. De esta forma:

Al igual que nadie puede mirarse plenamente a sí mismo, sino es a través de un espejo, los imaginarios sociales nos permiten autorrepresentarnos y autoidentificarnos [y el] El título de la serie, *Black Mirror*, hace referencia indirecta al espejo que no se puede mirar. El espejo oscuro [que] no puede cumplir su misión y la “apertura” que nos concede la realidad imaginada queda emparedada (Barraycoa, 2012: 16).

## **2.1. Caída en picado**

Con el ensayo de una sonrisa frente al espejo. Así empieza y de esta forma se retrata la protagonista de *Nosedive* en las primeras escenas del capítulo; una plasmación de sí misma que no indaga para encontrar la perfección más allá de la simple apariencia. En resumen, ella es un reflejo que no busca observar detalles, sino agradar fácilmente al próximo individuo que se encuentre en su camino para lograr una buena puntuación en la red; un sistema de valoración de la ciudadanía que da cuentas de su importancia desde los primeros instantes, con el móvil siempre a mano para poder puntuar a todo ser humano que se cruce en el trayecto. En este sentido, poco importa si no ha habido una mínima conversación, lo importante es quedar bien situado en el ranking.



**Figura 1:** *Presentación de la protagonista*

Todo en *Nosedive* es fugaz: puntuaciones rápidas, relaciones momentáneas y sensación de seguridad perecedera. Enmarcando esta sociedad en el concepto de Bauman, estos tiempos representados se asemejan a la *modernidad líquida*, una sociedad caracterizada por el estado fluido de los elementos que componen las comunidades, efímeras, que se desplazan con facilidad por los afluentes de la sociedad. De esta forma, “los fluidos no conservan una forma durante mucho tiempo y están constantemente dispuestos (y proclives) a cambiarla; por consiguiente, para ellos lo que cuenta es el flujo del tiempo más que el espacio que puedan ocupar” (2009: 8). Además, señala el autor, que una característica primordial de este estado es la responsabilidad del individuo, que en esta traslación privatizada de la modernidad no puede -ni se lo llega siquiera a plantear- apoyarse en sus compañeros de viaje; por lo tanto, todo el peso de la existencia, de sus deberes y de sus fallos recae sobre sus hombros. Una precariedad de los vínculos sociales y de las redes humanitarias que provocan un derrumbe, una vulnerabilidad y una fragilidad de la existencia individual; una desmantelación de las redes sociales para una mayor fluidez del capital, fuente de la riqueza del poder. De este modo,

En una notable inversión de la tradición de más de un milenio, los encumbrados y poderosos de hoy son quienes rechazan y evitan lo durable y lo celebran lo efímero, mientras que los que ocupan el lugar más bajo -contra todo lo esperable- luchan desesperadamente para lograr que sus frágiles, vulnerables y efímeras posesiones duren más y les rindan servicios duraderos (2009: 19).

Así, los puntos clave de esta sociedad son la precariedad, la fragilidad y la transitoriedad humanas. De esta suerte, aunque en principio el individuo posea toda la libertad que pudiera anteriormente soñar, esa licencia se ha convertido en cadenas que lo atan a una continua incertidumbre. Por ello, “lo primero que uno aprende del contacto con los otros es que la única ayuda que nos pueden brindar es el consejo de cómo sobrevivir en nuestra

propia e irremediable soledad, y que las vidas de todos están llenas de peligros que deben ser enfrentados y combatidos en soledad” (2009: 41). Así, se dibuja una corrosión de la ciudadanía que ha dado lugar a que esta solo pueda ser considerada como un conjunto de consumidores: “El interés público se limita a la curiosidad por la vida privada de las figuras públicas” (2009: 42). El compartir intimidades no ya por la búsqueda de causas comunes sino a modo de entretenimiento; una peculiaridad que Bauman no achaca al mero hecho del predominio del hedonismo o a la falta del compromiso político que, si bien son señas de identidad de nuestro tiempo, no pueden explicar por sí mismas esa apatía por el otro: “Los cursos del cambio son más profundos; tienen sus raíces en la gran transformación del espacio público y, más en general, en la manera en la que la sociedad moderna funciona y se perpetúa a sí misma” (2009: 30). En síntesis, una privatización de la esfera pública y una desregulación desmesurada del capital que provocan en conjunto el final del compromiso mutuo; y, ¿qué les queda por hacer a los individuos en este ambiente?



**Figura 2:** *dinámica de la sociedad*

La existencia que refleja *Nosedive* es anodina, pues básicamente el objetivo de todo ciudadano-consumidor es conseguir una alta puntuación en el ranking. Un rango que se le presenta como un oasis; una tierra prometida con la que espera alcanzar la felicidad plena, una promesa que se basa en las siguientes reglas: consigue buena puntuación y obtendrás una buena casa, un buen trabajo y admiración por parte de los demás. En este cometido se adentra la protagonista, Lacie, una “buena” chica según la premisa de la que parte la historia: ella ensaya sus sonrisas, puntúa bien a sus vecinos o compañeros, y, por encima de todo, posee una alta actividad y presencia en las redes sociales. Así, en esta primera panorámica que ofrece la serie, se observa que la máxima es que el aspecto privado sea traspasado a la esfera pública, y que esta se encuentre disponible para un consumo rápido; un hecho celebrado, y producido, por innumerables usuarios. De esta forma, tal

como expresan Bauman y Lyon (2013), la posición de ser observado traspasó a la categoría de tentación y ya no constituye una amenaza; al revés, esta sobreexposición parece ser el mejor antídoto contra la exclusión: “Todo aquello que es privado se hace hoy, potencialmente, en público. Y por ello está potencialmente disponible para consumo [...] y sigue disponible por un tiempo, que puede ser la eternidad” (2013: 31). Entonces, se puede entrever que la presencia de las redes sociales puede resultar atractiva en ese universo anodino y atomizado, permitiendo, en principio, establecer nexos sociales con otros usuarios a través de compartir las facetas más privadas de uno mismo. Por consiguiente:

[S]acrificamos nuestro derecho a la privacidad por propia voluntad. O quizá sólo accedemos a la pérdida de privacidad porque nos parece un precio razonable por las maravillas que recibimos a cambio. O quizá la presión por entregar nuestra autonomía personal es tan irresistible, nos asemejamos tanto a las ovejas de un rebaño, que sólo unos cuantos individuos especialmente rebeldes, atrevidos, pugnaces y resueltos están preparados para intentar oponerse a ello (Bauman y Lyon, 2013: 30).

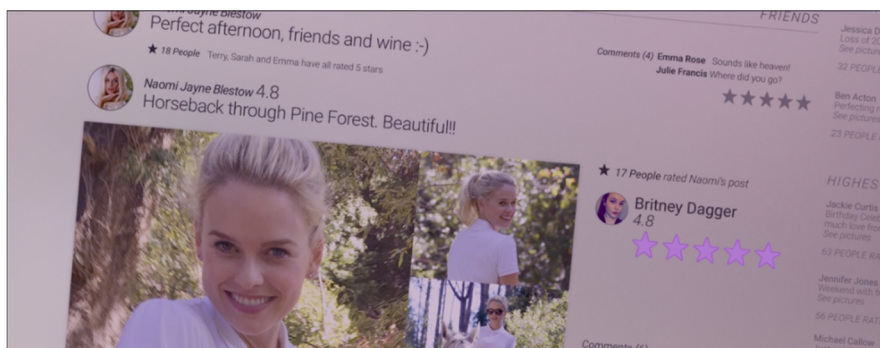
Y en esta dinámica de representación de la vida misma se mueve Lacie: “¡Estoy en la gloria!” comparte la protagonista en la red social; una frase a la que acompaña un café con una galleta estratégicamente colocada. Ahora bien, contrariamente a lo que ha expresado, deja el *capuccino* junto a la galleta sin probar –a la que solo ha dado el diseñado bocado– junto con una mueca de desagrado: el producto en sí no le ha llegado a cautivar, pero ha cumplido su cometido, los *likes* le empiezan a llover y se levanta feliz de la mesa. Se infiere entonces que la función primaria del desayuno ha dejado de ser la alimentación, su verdadero cometido es estético: un expositor de su estilo de (no) vida. De esta suerte, ha conseguido alcanzar su premio social y superar la prueba atrayendo la atención de demás usuarios, haciendo ver que “los miembros de la sociedad de consumidores son ellos mismos unos bienes, y es la cualidad de ser bien de consumo lo que les convierte en miembros de derecho de esa sociedad. Convertirse y seguir siendo un bien vendible es el objetivo máximo del consumidor, aunque en general sea de manera latente” (2013: 41). En contra, ser componentes de una sociedad de consumidores es una actividad agotadora que conlleva unas pesadas cargas: el miedo a no encajar y el temor a ser insuficientes. Así, con ello, la posibilidad de no ser vendidos y quedarse abandonados en la oscuridad de los almacenes; unos lastres contra los cuales la protagonista deberá combatir en una pelea que no tendrá fin. De ahí que en las siguientes escenas se pueda ver los inicios de esa batalla: ante la necesidad de mudarse, Lacie deberá competir por conseguir una buena, y deseable, vivienda. Una competición que contará como requisito imprescindible el poseer una buena puntuación para poder obtener la mínima posibilidad de ganar. A causa de ello elabora, con la ayuda de un asesor, un minucioso plan para lograr un



aumento de su posición: un 4.2 que deberá subir al 4.5. Una estrategia con el objetivo de reducir la incertidumbre que persigue a su existencia, un intento de detener la amenaza invisible que le rodea, pero ¿será posible bajo las condiciones que le persiguen? Pues,

El miedo es más temible cuando es difuso, disperso, poco claro: cuando flota libre, sin vínculos, sin anclas, sin hogar ni causas nítidas; cuando nos ronda sin ton ni son; cuando la amenaza que deberíamos temer puede ser entrevista en todas partes, pero resulta imposible de ver en ningún lugar concreto (Bauman y Lyon, 2013: 10).

En este sentido, diversas amenazas se diluyen a su alrededor, la primera, el contacto con personas de bajo nivel. Tal hecho se aprecia en el personaje de Chester, un compañero de trabajo que ha caído en desgracia por abandonar a su pareja sentimental; una acción que los demás colegas no han perdonado, haciéndole caer en el vacío y bajándole la puntuación a mínimos. De este modo, ante aceptar un té de este en la oficina, a ella la castigan, por lo cual no deberá, una vez aprendida la lección, ni acercarse a él la próxima vez que le pida ayuda. Así, la vigilancia no se limita al ámbito virtual, esta acecha en cada rincón social, pues “constituye una dimensión clave en el mundo moderno y en muchos países [como en esta serie] la gente es muy consciente de la manera en que la vigilancia afecta a sus vidas” (Bauman y Lyon, 2013: 1). Un vacío social que hace ver que el mal en la sociedad líquida no se limita al conflicto bélico o a ideas totalitarias, sino ante la ausencia de reacción ante el sufrimiento del prójimo (Bauman y Donskis, 2015); entonces, ella se hace a sí misma creer que no tiene otra opción, y a la próxima vez que se le acerque, se inyectará una “sedación ética” para huir y no precipitarse junto a él en el vacío. Bien se sabe que, una vez se caiga en las garras de la precariedad, difícilmente saldrás de ella; las defensas disponibles no sirven, y “Una persona que haya integrado semejante visión del mundo, en la que se incluyen la inseguridad y la vulnerabilidad, recurrirá de forma rutinaria (incluso en ausencia de una amenaza auténtica) a respuestas propias de un encuentro cara a cara con el peligro” (2015: 12). Lacie, de esta forma, sorteará el obstáculo huyendo de su ya excompañero en las siguientes escenas; y en su continuo intento de escalada de posición, publicará en la oficina a través de las redes sociales un antiguo peluche con el fin de llamar la atención de su popular amiga de la infancia, Naomi, un trazado plan que surte su deseado efecto.



**Figura 3: la amiga perfecta**

Gracias a esta táctica, tras una efímera y superficial conversación, es invitada a la boda de su antigua exitosa amistad, siendo la encargada de un emotivo discurso que dará en la celebración, que cuenta con invitados de alto standing y que, por lo tanto, la puede llevar a lo más alto. Una tarea que es minuciosamente ensayada ante la mirada atónita del hermano de Lacie, que no posee ese afán por la buena puntuación y se burla de ella por asistir a la boda de una persona que la humilló en su infancia. Unas malas acciones que ella niega o relativiza para no sentirse mal consigo misma ante ello. También justificando su sacrificio por el bien mayor que pretende conseguir: la más alta puntuación y el hogar de sus sueños. Sin embargo, hay que recordar que “Todas las victorias modernas líquidas son [...] temporales. La seguridad que ofrecen no perdura más allá del equilibrio de poder del momento, que se prevé tan efímero como todos los equilibrios” (Bauman y Donskis, 2015: 69). Así que esa felicidad que irradia la protagonista ante vislumbrar la meta de su vida se empieza a difuminar rápidamente con las primeras malas puntuaciones por varios golpes de mala suerte: derramar, por un simple descuido, el café de una vecina, perder un taxi por llegar tarde a la parada y caer en desgracia ante un taxista al que no le gusta su sonrisa ensayada. Tres golpes de mala fortuna que hacen que le baje la puntuación de un 4.2 a un 4.183; lo suficiente para que, ante la cancelación de su vuelo, no le sea reemplazado el billete por otro; una situación que le hace perder los nervios levantando la voz a la dependienta, acción que es castigada gravemente: un punto menos y doble castigo (es decir, cada vez que sea penalizada se le bajará la puntuación por partida doble). En definitiva, convertida en sujeto precario, será (mal)atendida como tal y solo dispondrá de un coche de baja gama para llegar a su lugar de destino; un vehículo que no cumplirá su fin, teniendo que depender de la ayuda de los sujetos que se encuentre en la carretera para poder llegar a su destino. Aquí en este período se podrá reconocer que, una vez que te encuentres en la espiral de la precariedad, difícilmente podrás salir de ella.



**Figura 4:** *en la espiral de la precariedad*

Esta sucesión de eventos hará que le sea retirada la invitación a la boda: pues como le dice su amiga, “un 2.6 no puede venir [...] un antiguo vínculo con esa puntuación [4.2.] funcionaba de maravilla en las simulaciones”; ahora, Lacie es un sujeto precario que solo perjudicaría su estatus. No siendo extraño teniendo en cuenta lo anteriormente mencionado, estando la sociedad insertada en una lógica de mercado donde “todos somos consumidores de mercancías, y las mercancías se han hecho para el consumo; [y] puesto que todos somos mercancía, estamos obligados a crear una demanda para nosotros mismos” (Bauman y Donskis, 2015: 41). Productos con un valor que deben resultar apetecibles, sin vínculos sociales que los aten, pues

La variedad moderna líquida de adiaforización se moldea a partir del patrón de la relación consumidor-mercancía [...] Como consumidores, no juramos una lealtad inquebrantable al producto que buscamos, y compramos para satisfacer nuestras necesidades o deseos, y seguimos usando sus servicios mientras siga cumpliendo nuestras expectativas, o hasta que encontramos otro producto que promete satisfacer los mismos deseos más minuciosamente que el adquirido con anterioridad (2015: 26).

De este modo, la protagonista acaba finalmente sin ningún valor en la red, en el borde del precipicio, y ya una vez que se encuentra con toda la esperanza perdida decide precipitarse en caída libre soltando el lastre acumulado durante los años, infiltrándose en la celebración de la boda y diciendo todas las verdades calladas, ganándose un arresto y, consecuentemente, la expulsión del sistema; yéndose de él, paradójicamente, con la primera sonrisa verdadera que se puede ver en *Nosedive*.



**Figura 6:** caída en picado

### 3. Discusión de un distópico espejismo

*Es un mundo que ha dejado de controlarse a sí mismo (aunque pretende controlar obsesivamente a los individuos), un mundo que no puede responder a sus propios dilemas y aliviar las tensiones que ha sembrado (Bauman y Donskis, 2015: 13).*

*Black Mirror*, y específicamente *Nosedive*, refleja un mundo que ha dejado de sonreír: las momentáneas satisfacciones que se puedan alcanzar no logran satisfacer las expectativas en mente; pero ¿acaso es posible obtener un estado de felicidad en ese sistema? Una organización de mercado que ha sido descrita como impersonal, que comercia con todo sujeto según su valor, efímero y precario, y siempre fluctuante de cambios. Es decir, la organización no promete, ni puede hacerlo, que una vez que consigas el máximo valor este sea permanente: la precariedad siempre está al acecho, y ella es la que alcanza a la protagonista a pesar de sus innumerables esfuerzos. Así se corrobora que “La oportunidad de tener miedo son de las pocas cosas de las que nuestra época actual [y la reflejada en *Nosedive*], tan carentes de certeza, garantías y seguridad, no anda escasa” (Bauman y Donskis, 2015: 33).

En esta línea, de acuerdo con Barraycoa, uno de los atractivos de esta distópica serie es que pueda servir como instrumento de reflexión y no quedarse simplemente en un “atractivo producto cultural” (2012: 22), y en *Nosedive* existen diversos elementos sobre los que meditar. En primer lugar, la conversión del ciudadano a producto-consumidor: una categorización insertada en el capitalismo hedonista como lo denomina Lipovetsky (1998; 2006) o en la modernidad líquida según la catalogación de Bauman (2009). Una organización social que se caracteriza por la ausencia de valores sociales y por la inyección de una sedación ética que priva a los sujetos

de sentir empatía hacia los demás; así, en una lógica de consumo, todo posee su inestable precio. En el caso de Lacie el sistema se ha cobrado, entre otros montos, su salud mental; pues la protagonista, desquiciada una vez que ha comprendido que todos sus esfuerzos han sido en vano, decide cesar su actividad y dejar el intento de agradar. Una acción que como mercancía que es consigue su retirada al almacén. A propósito de este razonamiento, cabe mencionar que la lógica consumidor-trabajador es imperante en la dinámica neoliberal de nuestros tiempos: todos somos, antes que nada, consumidores. De esta forma, el concepto de consumidor ha sustituido el término de ciudadano, e incluso el de trabajador en sus últimas consecuencias. Una condición que se manifiesta en las noticias referidas a los asuntos laborales, sirva como ejemplo aquellas que se pronuncian sobre las huelgas; ¿cuántas de ellas exponen detalladamente las causas de ellas? Lo primordial suelen ser los daños al consumidor que, en esta mecánica, se enfrenta al consumidor-trabajador para que les ofrezca sus servicios tan flicitamente arrebatados. Es decir, no interesa mencionar las posibles injustas condiciones laborales del sujeto, en este mundo mercantilizado lo importante es ofrecer productos-servicios sin importar las condiciones. Por otra parte, los consumidores-trabajadores entran en una espiral de precariedad de la que difícilmente podrán escapar. Al igual que se demuestra con la protagonista, Lacie, y con su antiguo compañero de trabajo, Chester; una vez etiquetados como precarios, serán evitados y repudiados por todos los demás, pues

La sociedad individualizada está marcada por la dilapidación de los vínculos sociales, el cimiento mismo de la acción solidaria. También destaca por su resistencia a una solidaridad que podría hacer duraderos (y fiables) esos vínculos sociales (Bauman y Donskis, 2015: 35).

Contra la inestabilidad todos están desprovistos de defensas: no se puede hacer nada, y por ello, es mejor no pensar en ese oscuro bucle; ante ello, una salida de escape podría ser esa continua aparición en las redes sociales. En este espacio virtual los sujetos no se encuentran aislados, además, encuentran en la red unas superficiales satisfacciones: un cúmulo de *likes* que aumenten su lastimada autoestima. En *Nosedive* las redes sociales y su ranking te permiten directamente acceder a todos los servicios: debes participar en ellas para conseguir óptimas prestaciones. Así parece deducirse de Lacie, que hizo todo lo posible por permanecer en el sistema con el fin de conseguir la casa de sus sueños. En el lado contrario se encuentran los personajes que decidieron no participar en él: su hermano, al que parece ser la vida le va bien a pesar de no querer participar en las redes, y Susan, una camionera con una puntuación de 1.4 que le prestó su ayuda (por cierto, la única en ofrecerse para ello) para asistir a tiempo a la ceremonia; una mujer que, tras la muerte de su marido por no alcanzar la puntuación necesaria para un tratamiento de cáncer, decidió ir contra las normas establecidas. Entonces, las nuevas tecnologías juegan en este capítulo un papel central

en todos los aspectos de la vida cotidiana, incluso llegando a ser un aspecto de vida o muerte, pero ¿son las TIC malévolas *per se*? En este punto cabe señalar el estudio de Hernández-Santaolalla y Hermida (2016) sobre los capítulos *The Entire History of You* (1x03) y *White Bear* (2x02) de esta misma serie; tras cuyo análisis los autores concluyen que las tecnologías no son perversas por sí mismas, sino que todo depende del uso que se haga de ellas, pues estas pueden usarse, por ejemplo, para denunciar al poder establecido (2016: 56). De modo que, tal como argumentan Bauman y Donskis: “Los orígenes de nuestra vulnerabilidad son, pues, de índole política y ética” (2015: 128) y no una fragilidad tecnológica. El problema que acucia nuestro tiempo abarca un mayor espacio: es el sistema económico capitalista, una economía egoísta que traspasa a lo social y que, para lograr que esta distopía no se transfiera a la realidad, se deberían revertir sus acciones.



**Figura 7:** *tweet cuenta oficial de Black Mirror*

## Referencias bibliográficas

- Barraycoa, J. (2012). El imaginario social del control mediático y tecnológico: la distópica Black Mirror. Actas IV Congreso Internacional Latina de Comunicación: Universidad de la Laguna. Disponible en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4225736>
- Bauman, Z. (2009). Modernidad líquida. Fondo de Cultura Económica: México.
- Bauman, Z. (2013). Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores. Paidós: Barcelona.
- Bauman, Z. y Donskis, D. (2015). Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. y Lyon, D. (2013). Vigilancia líquida. Paidós: Barcelona.
- Cordero, G. (2018). Black Mirror, quinta temporada: todo lo que sabemos de los próximos capítulos. Esquire (6 de marzo de 2018). Sitio web disponible desde: <https://www.esquire.com/es/actualidad/tv/a19127115/black-mirror-quinta-temporada-netflix-es-treno-trailer/>
- Foucault, M. (1994). Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. Siglo Veintiuno: Madrid.
- Hernández-Santaolalla, V. y Hermida, A. (2016). Más allá de la distopía tecnológica: videovigilancia y activismo en Black Mirror y Mr. Robot. Index Comunicación, 6(2), 53-65.
- Lipovetsky, G. (1998). La era del vacío. Ensayos sobre individualismo contemporáneo. Anagrama: Barcelona.
- Lipovetsky, G. (2006). Los tiempos hipermodernos. Anagrama: Barcelona.
- Maffesoli, M. (2009). Iconologías. Nuestras idolatrías postmodernas. Península: Barcelona.